

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de la Plata, núm. 13.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,10

Figuras de Jesucristo en el Antiguo Testamento.

No vino al mundo el Salvador sin haber sido previamente anunciado de muchas y de distintas maneras, según frases de San Pablo.

Todo lo que sucedió a los Patriarcas de la antigua ley, todos los ritos de su culto, todo cuanto concierne al pueblo hebreo y antes del pueblo hebreo al pueblo de los descendientes de Seth, eran anuncios de algo que vendría después, sombras de lo futuro, figuras de realidades que nosotros, el pueblo nuevo, formado al pie de la Cruz, habíamos de tocar.

De estas figuras y sombras hay muchas que atañen personalmente al Verbo hecho carne, y vamos a dar aquí algunas, tanto de las animadas, como de las inanimadas, comenzando por las primeras.

La primera en el orden cronológico es ADAM, el primer hombre, de quien todos descendemos por vía de generación. Fue padre de la humanidad pecadora, como Jesús lo es de la humanidad justificada. De aquí la antítesis de san Pablo: «Como todos mueren en Adam, así todos serán vivificados en Cristo.»

ABEL, el inocente, cuyos sacrificios fueron agradables a Dios, es la segunda figura de Jesús, que con el sacrificio de su humanidad sacratísima aplacó la ira divina, y cuya sangre derramada por sus hermanos los hombres, habla en favor nuestro con más eficacia que la de Abel, como testifica san Pablo escribiendo a los hebreos.

NOÉ, segundo padre del género humano, al cual salvó fabricando el arca para que no pereciera por completo en medio de las aguas, figura de Jesucristo fabricando su Iglesia en la cual solamente pueden encontrar salvación los hijos de Adam, que perecerán sin remedio fuera de ella. Lo dice san Pedro y lo expone así el sentir unánime de los Padres.

MELCHISEDECH, Rey de Salem, Sacerdote, sin padre, sin madre y sin genealogía, como habla san Pablo, no porque no los tuviera, sino porque no se mencionan, es un magnífico símbolo de Jesús, Rey de paz, que ofreció a su Padre eterno el pan y el vino de su cuerpo y sangre, significados en el pan y vino de Melchisedech, por lo cual el Mesías fué llamado por David «Sacerdote según el orden de Melchisedech», como explica san Pablo.

ABRAHAM, padre de los creyentes, que se alegró al ver el día del Salvador, según dijo éste a los judíos por san Juan; Abraham, en cuya descendencia habían de ser benditas todas las naciones, frase que no es aplicable a ninguno de sus dos hijos inmediatos, sino a Jesús, como explica otra vez san Pablo en su carta a los galatas, representa por este sólo concepto, omitiendo otros, al fundador del cristianismo, en donde se encuentran reunidos los hijos de la fe de Abraham, al decir del mismo Apóstol.

ISAAC, hijo del anterior, cuya heroica obediencia a los mandatos de su padre llegó al extremo de cargar sobre sus hombros la leña que había de servir para consumirle en

holocausto, es el tipo más acabado de aquél que, «cargando con la Cruz, salió hacia el lugar que se llama Calvario», «hecho obediente hasta morir con la muerte de Cruz».

JOSÉ, el más amado de los hijos de Jacob por su inocencia y bellas prendas, vendido por sus hermanos, ahorrado en la Casa Blanca de Egipto «hasta que llegara su hora», recibió allí en el mismo Egipto el nombre de «Salvador del mundo», habiendo sido enviado antes que sus hermanos para salvación de ellos, según les dijo entre sollozos y lágrimas de alegría en el convite con que les obsequió, es en todas y cada una de las circunstancias de su vida un modelo del verdadero Salvador. *Safnat pa' enaah*, como le llamó Faraón, que lo había de ser, y lo es de hecho, no solamente del alto y bajo Egipto, á que daban los egipcios el nombre de mundo, sino de todos los hombres de todas partes y de todos los tiempos, y también de todas las criaturas así

JOB, en medio de sus sufrimientos y del abandono de los suyos, es una figura acabada de aquel que «no tiene donde reclinar su cabeza» ni «parte sana en su cuerpo desde la planta del pie hasta la coronilla», y que predijo antes de su pasión. «Vosotros huiréis y yo voy a ser inmolado por vosotros.»

DAVID, perseguido por la envidia de sus émulos, es el tipo de quien fué entregado al juez romano por envidia, según lo testifica el mismo juez; con sus reinados, sus victorias sobre todos los pueblos limítrofes a la Palestina, sus salmos y cánticos y su espíritu profético, significa de muchas maneras a Cristo, que vulgarmente era conocido entre sus conciudadanos por el nombre de «Hijo de David».

SALOMÓN, el Pacífico, es desde este punto de vista el tipo del Rey de la nueva ley, de quien canta la Iglesia: *El rey pacífico ha sido magnificado y su rostro desea verle toda la*

profetas, muchos reyes, Zorobabel, Nehemias, Esdras, los Macabros, etc., etc.; pero basten las apuntadas, y pasemos a las de otro género.

Son notables entre las cosas figurativas de Cristo:

El Cordero pascual, pues vemos a san Juan Bautista llamar a Jesús *Cordero de Dios*, que quita los pecados del mundo; como el antiguo cordero impidió la muerte de los primogénitos; y a san Pablo que llama a Cristo nuestra Pascua, es decir, nuestro cordero pascual; y san Juan aplica al mismo Jesús lo que se había prescrito respecto al cordero que se comía en la Pascua: «No le quebrantaréis ningún hueso.»

El chico emisario, cargado con los pecados del pueblo, que, puesta la mano sobre la cabeza del cabrito, confesaba sus pecados por boca del Sacerdote, y después era enviado al desierto para ser allí despeñado, era

figura de Cristo, que cargó realmente con nuestros pecados, según frase de san Pedro, y fué a padecer como el cabrito, fuera de Jerusalem, como lo explícita san Pablo, *extra portam passus est*. «Salgamos nosotros con él, añade el mismo Apóstol, fuera del campamento, llevando su inproprio.»

La columna de fuego y de nube que acompañaba y guiaba al pueblo hebreo en el desierto, sirviéndole de umbráculo contra los ardores del sol en aquellas rocas calcinadas durante el día, y alumbrándole durante la noche, es la figura de Cristo que conduce a su pueblo haciéndole pasar primero por las aguas del bautismo, y le guía después por en medio de las dificultades de la vida, para que llegue al puerto de salud. Así lo entiende el Apóstol en la primera a los corintios.

Del *Maná*, bastará decir que el mismo Cristo, por san Juan, se llama así propio «pan del cielo», con harta mayor razón que aquel otro, de quien se dice «llovióles maná del cielo» y también «les dió pan del cielo, el hombre comió pan de los Angeles.» «No fué Moisés, dice, quien os dió el pan del cielo: sino que mi Padre os da el pan verdadero del cielo. Yo soy el pan vivo que bajé del cielo.»

La roca de Horeb, de donde salió agua al contacto de la vara de Moisés, significaba a Aquél, que dijo: «Si alguien tiene sed, venga a mí y beba», y del cual escribió su Apóstol refiriéndose al pueblo hebreo que bebía el agua de la roca de Horeb: «*Bebían* de la piedra que iba en pos de ellos; y esta piedra era Cristo.»

Los sacrificios todos del Antiguo Testamento no fueron sino preparativos y figurativos del único sacrificio del Nuevo, según largamente lo demuestra san Pablo en la carta a los hebreos; pues como eran de suyo deficientes y limitados, recibiendo toda su virtud del sacrificio de la Cruz, fué necesario que se multiplicaran, para que con varias figuras y símbolos representasen las múltiples excelencias del sacrificio de la ley de gracia.

Y omitiendo el *Tabernáculo de la alianza*, el *arca* de la misma alianza, la *zarza* ardiendo en Horeb, la *escala* de Jacob, el *vellocino* de Gedeón con otros muchos símbolos de Jesucristo, ó en su Encarnación, ó en su vida, muerte, resurrección y ascensión a los cielos,

espirituales como corporales, que esperan con ansia la revelación de los hijos de Dios, como enseña san Pablo escribiendo a los romanos.

MOISÉS, jefe, libertador y legislador de los hebreos, que anunció para los tiempos venideros un profeta *semejante a sí*, señalando al futuro libertador y redentor de los hombres, no sólo de los hebreos, y tomando mucha parte en la aficción de sus hermanos, no temió las iras de Faraón, sino que eligió ser afigido con ellos, prefiriendo, como nos dice el Apóstol en la carta a los hebreos, el inproprio de Cristo a las riquezas egipcias, es otra bellísima figura de Jesús, conduciendo a sus discípulos a través de las olas del mundo, en las que quedan anegados los perseguidores. Por eso pudo decir con divina sabiduría el Maestro: «Si creyerais a Moisés, quizá me creyerais a mí, porque de mí escribió él.»

AARÓN, hermano de Moisés, figura a Jesús en su vocación, en su sacerdocio, en sus sacrificios; pues todos ellos manifiestan las prerrogativas sacerdotales del Cristo, que no necesita sucesores, «pues por lo mismo que permanece eternamente, tiene sempiterno sacerdocio» «y con una sola oblación consumió la santificación de los que eternamente han de ser santos».

Por lo que el mismo Jesús decía de sí propio: «Este es más que Salomón.»

JEREMÍAS, por sus persecuciones, por el amor a su pueblo, por sus profecías mesiánicas, por su autoridad personal, es otro tipo de Jesucristo, perseguido como él, amante de su pueblo, hasta derramar lágrimas, considerando los males que habían de sobrevenirle por su ceguera voluntaria, profetizador de la ruina de Jerusalem por los romanos, como el profeta de Anot la había anunciado que llevarían a cabo los caldeos; de manera que nada tiene de extraño el que los judíos creyeran que Jesús podía ser Jeremías resucitado, ó Elias, ó algún otro de los profetas.

JONÁS, de quien el mismo Salvador decía: «Así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra.» Y también: «Los hombres de Nínive se levantarán en juicio contra esta generación y la condenarán; porque ellos hicieron penitencia al oír la predicación de Jonás, y este que os habla es harto más que Jonás.»

Podríamos alargar mucho más la lista de las figuras vivas de Jesús en el Testamento Antiguo, pues le representaron bien al vivo Josué, Samuel, cada uno de los Jueces, los



terminemos con uno muy expresivo de la crucifixión, cual fué:

La serpiente de bronce. El mismo Hijo de Dios nos ha dado la explicación de esta figura, cuando dijo: «De la misma manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así conviene que sea elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él no perezca, sino obtenga la vida eterna.» Había enviado Dios á los hebreos, por sus pecados, unas serpientes que el texto sagrado llama *ignitas*, de fuego; porque sus mordeduras eran tan mortíferas, que al poco tiempo espiraba el mordido en medio de horribles sufrimientos. Arrepentido el pueblo en vista del castigo, recurrió á Moisés, y éste á Jehovah, quien le ordenó que vaciara una serpiente de bronce semejante á las vivas que andaban sembrando la muerte en medio del campamento, y colocándola sobre la extremidad de una pértiga, la colocara sobre un lugar elevado que pudiera verse desde todos los puntos del campamento, para que mirándola los mordidos, sanaran, y los no mordidos quedarán inmunes del veneno de la mordedura. Hizolo así Moisés, y pronto sanaron todos los heridos, quedando preservados los sanos.

Así, el que mira á Jesús crucificado con fe viva, si ha sido ya mordido por el venenoso diente de «la serpiente antigua que seduce á todo el orbe», curará de su mordedura; y si no recibió aún el veneno serpentina, la mirada de Jesús le servirá de antídoto seguro, mucho más que el suero aplicado por los Médicos, conforme á las experiencias de Pasteur, contra la rabia y algunas otras enfermedades.

Cristo, pues, fué el centro al rededor del cual giraba todo el Antiguo Testamento, que no fué otra cosa que un perenne anuncio del Cristo que había de venir. Es también el centro al rededor del cual gira el mundo nuevo con los amores encendidos de unos, cual amores de Serafin; ó con los odios satánicos de otros, como odios de réprobos. Y será el eterno centro á donde converjan las criaturas todas, sobre las cuales brillará una misericordia sin límites, ó una justicia sin atenuaciones. Así lo creemos los cristianos, así es la verdad, y en tres palabras sencillas lo expresó san Pablo cuando dijo: *Jesucristo ayer y hoy y por los siglos.*

F. Valbuena.

Á JESÚS

Jesús, ¡Divino Señor!
Sin Ti no puedo vivir,
Por Ti quiero yo sufrir
Para servirte mejor;
Quiero abrasarme en tu amor,
Pues con él me has conquistado
Y mis culpas has lavado
Con sangre pura y preciosa,
Vertida en muerte afrentosa
En una Cruz enclavado.

Dame tu gracia divina,
Que sin ella no confío
Poder servirte, Dios mío,
Ni practicar tu doctrina;
Es la luz que me ilumina
Para seguir la jornada
Que me tienes señalada;
Es la que mi fe sustenta
Y que mi esperanza alienta,
Para entrar en tu morada.

Mírame á tus pies postrado,
Arrepentido y contrito,
Mírame, Jesús bendito,
Por mis culpas agobiado;
Del abismo del pecado
Sácame por compasión,
Concédeme tu perdón
Y no permitas, Bien mío,
Se pierda por mí extravió
El fruto de tu Pasión.

Yo quiero tu esclavo ser
Desde ahora, sin vacilar,
Quiero mis culpas purgar,
Y no volverte á ofender;
Dime qué debo yo hacer
Para borrar la memoria
De mi desdichada historia,
Que he de hacerlo sin tardanza,
Y así abrigo la esperanza
De ir á servirte á la gloria.

Oye, Jesús, mi lamento,
Dame firmeza y constancia
En la fe y perseverancia,
Hasta mi último momento;
Que no tenga el sentimiento
De volver á vacilar,
¡Pues sin fe, qué he de esperar?
Ambición, concupiscencia,
Ignorancia y falsa ciencia
Y no poderme salvar.

Joaquín Párraga Liñán.

General de Brigada.

Santiago 17 de Febrero de 1906.

Cristo es Dios.

¿QUIÉN puede comprender la unión de las dos naturalezas divina y humana en la unidad de la persona divina? Esta unión se efectuó en Nuestro Señor Jesucristo. De aquí que es el centro de toda la historia. Es la clave para la explicación de todos los problemas religiosos, políticos y sociales que han agitado á la humanidad. Hace que el hombre vislumbre los arcanos, que dentro de sí experimenta en las luchas sin tregua de sus componentes, arrastrándole hacia corrientes opuestas. La unión de la divinidad con la naturaleza humana en la persona divina, ha constituido á Cristo en el punto sobre que giran los dos mundos, el anterior á su vida en el tiempo, y el que le ha seguido después de su ignominiosa y afrentosa muerte en el madero de la Cruz.

Los hombres han visto en Cristo un ser extraordinario y de poder admirable, pues manda á los vientos y á todos los elementos y obedecen al imperio de su palabra. Interrumpe las leyes físicas con facilidad asombrosa. Nadie puede negar, á no ser que pugne contra la razón, que Cristo fué mayor en sabiduría que todos los filósofos y más prodigioso que los grandes taumaturgos que honraron los tiempos antiguos y modernos. Cristo es superior á todos los hombres; los demás no han tenido en su mano á su plena voluntad disponer de las leyes de la naturaleza, para

desde cierto principio. Nuestro Señor Jesucristo.

Enemigo declarado de Nestorio es Eutyques; pero para pensar, hablar y escribir en sentido católico sin desviarse ni á la derecha ni á la izquierda, sino caminando siempre por el derrotero seguro de ancha vía, hay que ser humilde de entendimiento y tomar por norma la voz de la Iglesia, que es depositaria de las enseñanzas de Cristo. Lo que no hizo Eutyques.

La Iglesia es el intérprete autorizado de las Santas Escrituras y Tradiciones. La Iglesia únicamente contiene al hombre para que no se extravie en sus estudios, en averiguación de la verdad. En el momento que desapareciera de la tierra la Iglesia, que gracias á Dios jamás desaparecerá hasta al fin de los siglos, por tenerlo así prometido Jesucristo, el entendimiento del hombre sería en sus ideas un caos, mucho mayor que el de los tiempos antiguos, pues entonces Dios iba alumbrando á toda la humanidad con los reflejos de la luz despedida por los acontecimientos que tendrían lugar en la cima del Calvario.

Eutyques no escucha la voz de la Iglesia y se muestra tan sin letras, que combatiendo á Nestorio, incurre en la misma herejía de éste y llega en su ofuscación á negar la misma esencia de Dios; porque un Dios que se mezcla con otra naturaleza, no es Dios. Es un ser imperfecto unido á otro ser también imperfecto que mutuamente se completan.

Los eutiquianos, verdaderos nestorianos, aún formaron de Cristo idea más equivocada



que no continúen su ordenado curso. Cristo es el doctor de la doctrina más excelente, y su vida está en conformidad con la moral que predica, tan excelsa que sólo del cielo ha podido descender. A su virtud no llegan las fuerzas naturales, sino que le anima el mismo poder de Dios. Cristo es Dios.

Prescindiendo de los herejes de los primeros siglos que formaron una idea falsa é incompleta de las naturalezas divina y humana de Cristo, nos encontramos en el siglo V con Nestorio, Monje, Presbítero y después Obispo de Constantinopla, á quien ofusca la majestad deslumbradora de Cristo, y este Monje blasfema defendiendo una unión moral, solamente de relación y de externa unión. La naturaleza divina se ha unido á la naturaleza humana, para este heresiarca, como el marinero se une con la nave que guía, el vestido al cuerpo de la persona que con él se adorna, ó un instrumento al artífice que le maneja.

Nestorio no se ha enterado del dogma católico. Nuestro dogma no admite uniones esenciales, ni accidentales, y si únicamente la doctrina enseñada por el mismo Cristo. Jesucristo enseñó que era de la misma naturaleza que su Padre y de la misma que los hombres. Era el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, sin que hubiera en esta unión más que un solo sujeto, una sola persona. Lo diremos con las brillantes palabras del sabio Obispo de Hipona: *Uno sólo el Hijo de Dios, y el mismo Hijo del Hombre; uno sólo el Hijo del Hombre y el mismo Hijo de Dios: no dos Hijos de Dios, Dios y Hombre, sino uno sólo el Hijo de Dios: Dios sin principio y hombre*

que éstos, destruyendo en su pensamiento á Dios y al hombre. Sostienen las dos naturalezas existentes antes de la unión, que es lo mismo que aseguraban los nestorianos; pero al explicar su unión, ora por conmixción, ora por mutación, ya por conversión, ya por composición, aniquilan la divinidad y la humanidad, y resulta en vez de un Cristo Dios, como lo era Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, un engendro de existencia imposible, tan raquítico cual las cabezas que le produjeran.

Los católicos son los que tienen ideas verdaderas acerca de las naturalezas de Cristo y de la unión de éstas. Han recibido las enseñanzas de su misma boca. Le oyen decir: *Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo.* San Juan, 6, y estas otras palabras: *Sali del Padre y vine al mundo.* San Juan, 16, y estas otras: *Yo y el Padre somos la misma cosa.* Los católicos escuchan la voz de sus símbolos. Creo..... en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor, que fué concebido por el Espíritu Santo de María Virgen. Y el de San Atanasio, que en el suyo profeso: *Uno absolutamente, y no por confusión de la substancia, sino por la unidad de la persona.* El católico se deleita en la lectura del Santo Evangelio que narra las acciones humanas de Cristo. El católico sabe que las dos naturalezas permanecen en Cristo íntegras, distintas, inconfusas y sin mezcla entre ellas. El Concilio Calcedonense marcó la doctrina sana y verdadera, y es la que confiesa quien no desea incurrir en la error. Por eso el lenguaje del católico es tan preciso, jamás varía, nunca

atribuye á Dios propiedades que no le correspondan; estudia los hechos de Cristo; penetra hasta lo más íntimo de su persona, y al admirarse de sus obras, presta oído atento á la doctrina evangélica y á las definiciones de la Iglesia.

Cuando el católico contempla las operaciones propias del hombre, reconoce que en Cristo existe la naturaleza humana con todas sus propiedades para que sea verdadero hombre, y cuando á los ojos del católico se desarrollan escenas propias de la Majestad de un Dios, confiesa que Cristo es verdadero Dios. Cristo es Dios y Hombre. Dios en nada se ha mudado y el Hombre ha sido elevado hasta una altura incomprensible para la inteligencia humana. Se ha verificado una unión admirable entre las dos naturalezas, no según los nestorianos y eutiquianos se imaginaban, sino según la explica la Iglesia Católica. La naturaleza humana perfeccionada por el Verbo, cuanto no podía el hombre haber discurrido, subsiste con la misma subsistencia del Verbo.

Así, existiendo las dos naturalezas divina y humana íntegras y sin mezclarse, se unen en la unidad de la persona del Verbo.

Grandioso lenguaje el que usa el católico y que se basa en esta unión, al atribuir á Cristo las propiedades de la naturaleza divina y humana. Y como Cristo es Dios y Hombre, atribuye á Dios lo que pertenece á la naturaleza humana y al Hombre lo que pertenece á la naturaleza divina.

La impiedad, la ligereza y la falta de instrucción, declama contra el modo de hablar de los católicos y presenta dificultades ó profieren impiedades que descubren su ignorancia.

Bien puede el católico decir que Dios sufrió, padeció y experimentó las afrentas que turbas sin conciencia causaron á Cristo en su muerte, y los insultos que le han dirigido en todos los siglos, ya por los reputados por sabios, que blasfeman con formas cultas, ya los que en las calles y plazas lo ejecutan en forma de fieras. También puede predicar el católico y todo hombre, sin temor de faltar á la verdad, hablando de Cristo. Dios es Hombre. El Hombre es Dios. El hombre es inmortal y eterno. ¿Y qué obstáculo se encuentra para expresarse en estos términos, sabiendo que la unión de la naturaleza divina y humana de Cristo se ha verificado en la persona divina, y que si se habla de las propiedades de la naturaleza humana pertenecen á Cristo, como hombre, y si se refieren los vocablos á la naturaleza divina no tienen otro sentido, sino en cuanto es Dios? La unión substancial, personal é hipostática de las dos naturalezas divina y humana, nos autoriza á valernos de un lenguaje maravilloso y nos obliga á que confesemos que Cristo es Dios.

Anacleto Heredero.

Capellán de Reyes.

Al bajar de la Cruz.

Las entrañas de María
Con nuevo dolor traspasan
Los martillos que á Jesús
De la alta Cruz desenclavan.
¿Quién dijera, dulces prendas,
Para tanto bien halladas,
Que para alcanzar el cielo
Hubiera en la tierra escalas?
Mas ¡qué mucho que la alcance
A la Cruz santa arimadas,
Ni que hecho pedazos venga
Si el cielo á la tierra baja?

Recíbele, gran Señora,
Que de la sangrienta causa,
Juan, Magdalena y José,
A vuestros brazos le pasan.

Tomad los pies y veréis
Qué bien el mundo le paga,
Treinta y tres años que anduvo
Solicitando su causa.

Poned en vuestro regazo
La cabeza soberana,
Y veréis que vuestro esposo
Ya no os alegra y regala.

Y si el costado miráis,
Y aquella profunda llaga,
Dios os dé paciencia, Virgen,
Porque consuelo no basta.

Alma por quien Dios ha muerto
Y muerto de santa infamia,
Mira á tu Madre divina,
Y dila con eternas ansias:

Desnudo, roto y difunto,
Os lo vuelven, Virgen santa,
Naciendo os faltaron paños,
Muriendo mortaja os falta.

Lope de Vega.

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

HACE bien la Iglesia Católica en ostentar todo su brillo y esplendor al presentar todos los años ante nuestra vista la grande, la divina figura de Jesús en su pasión y muerte, en su resurrección y ascensión a los cielos. Porque haciendo reaparecer en nosotros estos sucesos, parece como que viene a llenar una gran necesidad de nuestra alma, asociándonos a la vida penitente del Hombre Dios, para seguirle hasta el calvario, y en él, identificarnos con sus sufrimientos y acompañarle hasta el suplicio, y entre los ecos de las antiguas profecías que le anunciaron, de las lecciones y homilias que le explicaron, renovar la imagen de aquel gran sacrificio, por el cual, recibió la tierra el ósculo del cielo.

Ese asentimiento que todos prestamos a la Iglesia, con entera persuasión los unos, instintivamente los otros, y muchos salvando pueriles preocupaciones, parece revelarnos, é indudablemente nos revela, el hecho de que la naturaleza ha impuesto en el corazón del hombre la idea y el conocimiento de la Divinidad de Jesucristo.

Empero no debe ser éste el único ni el principal testimonio que debemos aducir hoy en defensa de una doctrina, cuyas pruebas de que realmente procede del cielo, nadie, poseído de buena fe, ha podido resistir. Siendo la fe cristiana esencialmente racional, á la luz de la razón debemos acudir para probar la injusticia y la ligereza con que han procedido cuantos pretendieron negar á Jesucristo su divina misión. Y ella nos demostará que ninguna certidumbre puede compararse á la certidumbre de Jesucristo, porque son de tal naturaleza los caracteres que la distinguen, que entre todos los hombres, á él únicamente pueden pertenecerle, dándonos en él, no sólo la idea más positiva, sino la más sobrehumana que podemos concebir, y haciendo que las mismas razones que prueban su existencia (1), prueben al mismo tiempo su divinidad.

En efecto, su sola persona se nos presenta á primera vista, tan extraordinaria, tan superior á todos los hombres que han aparecido sobre la tierra, que desde luego se descubre en él algo de maravilloso y divino. Sus costumbres son las más puras; sus palabras, sabias y sentenciosas; su trato, en extremo amable, respira una sencillez tan majestuosa, una gravedad y dignidad tan naturales y sorprendentes, tal elevación de conceptos y sentimientos, que hasta el mismo impío Rousseau exclama: «si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo no pueden ser sino de un Dios» (2).

Su moral es lo más puro, lo más noble que se ha visto jamás. Habiendo salido de una familia oscura y pobre, y no habiendo aprendido en ninguna parte las letras, habla, dice Pascal, de las cosas más grandes, con tanta sencillez, que parece no haber pensado en ellas nunca, y al mismo tiempo, con tanta precisión, que se ve desde luego lo que de ellas pensaba, formando esta claridad y aquella ingenuidad un conjunto admirable, una prueba de que era enviado de Dios.

Sus milagros que no negaron sus enemigos, y de cuya autenticidad dieron testimonio con su muerte hombres que derramaron su sangre confesándole, ¿no son otra prueba de su Divinidad?

Jesucristo hacía de continuo milagros: resucitaba muertos, daba la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, el andar á los tullidos; curaba con una palabra toda clase de enfermedades; caminaba sobre el mar como sobre un cristal; con el imperio de su voz sosegaba en un instante las olas en medio de la tormenta.

Pero si estos hechos, y otros muchos que omitimos, en gracia á la brevedad, y que podíamos recordar como pruebas evidentes de la verdad de la Divinidad de Jesucristo, no satisfacen cumplidamente á la incredulidad moderna que, representada por la demolidora crítica de Renan, presume orgullosa de haber dado el golpe de muerte al cristianismo, negando la autenticidad de los Evangelios, hay un sólo hecho que se halla patente á los ojos de todo el mundo, y para cuya comprensión no se necesita consultar á las Sagradas Escrituras, ni los Santos Padres, ni leer la historia profana, ni los milagros de Jesucristo, ni las profecías que le anunciaron, sino, únicamente, dirigir una mirada sobre el grande acontecimiento que por sí sólo ha llenado al mundo y cuya existencia nadie disputa: el establecimiento del cristianismo.

Para comprenderle más fácilmente trasladémosnos en espíritu al pie de aquel sepulcro en que, según nos refiere el Evangelio de hoy, José de Arimathea depositó el sacratísimo cuerpo de Jesús, y permanecíamos allí hasta el momento de la resurrección, y aquella incomprendible soledad nos hará exclam-

mar de esta suerte: ¡Cómo....! El que seguido de una gran muchedumbre hizo el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, junto al lago de Tiberiades; el que brillaba por su majestad entre los hipócritas doctores y soberbios fariseos; el que confundía con sus palabras todos los errores, y con su sabiduría desbarataba todas las argucias, y con su santidad triunfaba de todos los vicios; el que pocos días antes había sido recibido en Jerusalem como el enviado del Señor; el que hablo siempre como Dios y dijo que había de resucitar al tercer día, ¿yace completamente abandonado en el sepulcro!

¿Qué fué de Pedro, que en la noche de la cena prometió á su Maestro no se había de escandalizar delante de los sucesos que en ella habían de ocurrir; el que se atrevió á herir al criado del Príncipe de los sacerdotes en defensa de Jesús? ¿Y de Juan, el discípulo amado?... Todos habían huido llenos de pavor y de miedo. ¿Pues y los otros discípulos?... El Evangelio nos refiere «que yendo dos de ellos al Castillo de Emaus, que distaba de Jerusalem sesenta estadios, y como hablaban de aquellas cosas que habían acaecido, el mismo Jesús se les acercó, caminando con ellos, pero los ojos de ellos estaban ofuscados para que no le conociesen, y les dijo: ¿Qué conversación es esa que lleváis entre vosotros y que os entristece en el camino? Y le respondió Cleofás: ¿Tú sólo eres tan

sus haciendas, acabando sus vidas en medio de los más crueles tormentos; conseguir que el cristianismo se arraigase, se extendiese y perpetuase, á pesar de los esfuerzos de los príncipes de la tierra, de los sabios del mundo y de la resistencia de todas las pasiones.

Ahora bien, el haber cambiado de esta manera los apóstoles la faz del universo, ¿fué efecto de los milagros ó no? Si con milagros, la divinidad del cristianismo explica la Divinidad de Jesucristo, su fundador; si sin milagros, hé ahí el gran milagro, el de convertir el mundo sin milagros.

Pero hay más todavía.

«Si el autor del cristianismo, dice á este propósito un ilustre apologista contemporáneo, hubiera escogido por discípulos algunas de esas inteligencias como las que después le defendieron con tanto esplendor, un Crisóstomo, un Agustín, un Tomás de Aquino, un Bossuet.... Pero no hace esto Jesucristo: reúne doce hombres de cortos alcances, groseros, incapaces de pensar y de hablar, sumidos en la ignorancia y envejecidos en la materia. No les habla más que por enigmas, trata siempre con ellos de los más profundos misterios, no les promete más que tormentos. No es esto sólo: se hace seguir durante su vida pública, y no obtiene de ellos más que una adhesión tosca y frágil que cede al primer soplo de la adversidad (*sperabamus*); muere abandonado y no les deja otra enseñanza ni otro libro que la Cruz; desaparece y



peregrino en Jerusalem que no tienes noticia de las cosas que estos días han sucedido en ella? Y él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos respondieron: Acerca de Jesús Nazareno, que fué un varón, un profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y á quien los Príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados entregaron para que fuese condenado á muerte y le crucificaran. *Nosotros, pues, esperábamos que él había de redimir á Israel; pero ya es hoy el tercer día que sucedieron estas cosas. Sperabamus.* ¡Nosotros esperábamos! ¿Qué palabras tan frías!

Ante esta decepción, ¿qué quedaba de Jesucristo? ¿Qué de su doctrina, de sus milagros y de su muerte? Humanamente considerada, la grande empresa de la redención había fracasado.

¿Pero cuán grandes son los misterios que encierra el cristianismo! En la soledad de aquel sepulcro es donde vemos precisamente representada la prueba más palpable y más al alcance de toda inteligencia de la Divinidad de Jesucristo. Porque allí, donde parece haber terminado todo, es donde empieza el gran milagro del establecimiento del cristianismo. Que no otra cosa fué, como discurre San Agustín, el cambiar la faz del universo, logrando que, sin armas, sin fuerzas, sin violencia de ninguna clase, ingresaran en la nueva Religión cristiana personas de todas clases, sexos y condiciones; ancianos, jóvenes, niños, ricos y pobres, sabios é ignorantes; y esto no como se quiera, sino perdiendo

no les dice más que vayan á predicar su doctrina á toda criatura.... Cuando hé aquí que de repente germina esta doctrina en ellos, dilata y llena su inteligencia, inflama su corazón, desata su lengua, inspira su conducta, y á todos los hace pensar, sentir, hablar y obrar del mismo modo y de una manera tan persuasiva y eficaz, que lo que no había hecho su Maestro durante su vida, lo hacen ellos: convierten el mundo y la sola palabra de Pedro cautiva desde el principio á ocho mil hombres.»

¿Cómo pudo una doctrina tan misteriosa y tan sublime adquirir desde luego su perfección en hombres semejantes? ¿Cómo siendo tan ignorantes la comprendieron á primera vista? ¿Cómo supieron ver en la locura y debilidad de la Cruz toda la fuerza de Dios y prever toda la extensión de su desarrollo y de su aplicación en el mundo? ¿Por qué fueron ellos los únicos que sostenían ser grande, justo, santo, adorable y divino lo que todos, con Tácito y Plinio, llamaban entonces abominable, infame y criminal? ¿Y por qué ellos solos tuvieron razón contra todo el mundo?

A todas estas preguntas no hay más contestación posible que ésta: los Apóstoles estaban inspirados por Dios. Luego habremos de confesar la Divinidad de Jesucristo.

Hilario González,
Comandante de Infantería.

(1) Augusto Nicolás en sus *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*. Tomo III.

Lugares donde se conservan

las principales reliquias de la Pasión.

La Cruz.—Los mayores fragmentos se hallan en la Basílica denominada de Santa Cruz de Jerusalem, en Roma, y en la Catedral de París.

La inscripción de la Cruz.—La tablilla en que está la conocida inscripción J. N. R. J. (Jesus Nazarenus Rex Judeorum) se conserva también en la Basílica de Santa Cruz de Jerusalem, en Roma.

La Corona de espinas.—Forma parte de la colección de Reliquias de la Iglesia de Nuestra Señora de París, pero sin las espinas, que están repartidas entre gran número de Iglesias. De dicha Corona posee un fragmento la Iglesia de Saint Sermin, de Tolosa, fragmento que fué donado por San Luis, por conducto de su hermano Alfonso, Conde de Poitiers y de Tolosa.

Los clavos.—Uno lo regaló Santa Elena al Obispo de Tréveris, para su Iglesia, donde se conserva, considerando que este es el más auténtico.

Otro de los clavos le mandó fundir Santa Elena, con objeto de hacer un freno para el caballo de su hijo, como lo declara San Ambrosio. Este freno, que se conservó en Constantinopla hasta el siglo XIII, pasó á Carpentras, donde se venera.

El tercer clavo le colocó Santa Elena en una diadema, que solía ostentar su hijo en los días más solemnes. Esta diadema la regaló el Papa, con otras preciosas Reliquias, al Emperador Tiberio II; y siendo Papa San Gregorio la regaló, á su vez, á la recién convertida Reina de los lombardos, Teodolinda, que la colocó en la riquísima corona de los Reyes Lombardos, la cual se venera en la Catedral de Monza.

Todos los historiadores hablan del cuarto clavo que Santa Elena arrojó al mar para calmar las olas agitadas del Adriático; pero añaden algunos que la piadosa Emperatriz no hizo más que presentar el clavo ante el mar embravecido, y otros que flotó sobre las aguas milagrosamente y que pudo ser recogido, siendo éste el que regaló más tarde á la Iglesia de Tréveris.

La esponja.—Se conserva en la Iglesia de San Juan de Letrán, en Roma.

La lanza.—La punta está en París, y el resto en San Pedro, en Roma.

La vestidura.—La donó Santa Elena á la Iglesia de Tréveris.

La túnica.—Posee esta Reliquia la Iglesia de Argenteuil, cerca de París, pues Carlomagno la donó al Monasterio de dicho punto, donde estaba su hermana, aunque algunos dicen que está en Tréveris.

Las diversas partes del sudario.—La más importante por su dimensión se halla en Turin; y la parte que cubrió la cabeza del Divino Redentor, la posee la Iglesia de Cadorin, en el departamento de Bordonia.

San Pedro, de Roma, posee el lienzo con que la Santa Verónica enjugó el rostro de Nuestro Señor Jesucristo.

La columna en que el Salvador fué azotado.—La parte superior se conserva en Roma en la Iglesia de Santa Praxedes, desde el año 1223. El resto se halla en la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalem.

Uno de los 30 dineros de la traición de Judas, en Santa Cruz de Jerusalem, en Roma.

La escalera del Pretorio, en la Escuela Santa, junto á la Basílica de Letrán, en Roma.

Velo de la Virgen que cubrió la desnudez de Nuestro Señor en la Cruz, en San Juan de Letrán, en Roma.

Tierra del Calvario, en Santa Cruz de Jerusalem y en el Campo Santo de los alemanes, en Roma.

Piedra del Sepulcro, en San Francisco á Ripa, en Roma.

A CRISTO EN LA CRUZ

CANCION

.....
 Cuando en la Cruz estáis, el mundo gime,
 El cielo se oscurece,
 Los peñascos se quiebran,
 O ya sintiendo que su Autor padece,
 O ya porque celebran,
 Que el hombre se redime.
 Un mundo soy pequeño;
 Gimo mirando padecer mi Dueño,
 Y tiemblo sus enojos,
 Eclipsados con lágrimas mis ojos;
 Mi corazón, que ha sido
 Peñasco endurecido,
 Se quiebra, con dolor de mis pecados.
 ¡Ay Dios, si perdonados
 Serán en este día!
 ¡Ánimo, pecho! ¡Corazón, confía!
 Pues con tantas señales
 Como en su muerte hicieron,
 Cosas irracionales
 En sus labios se oyeron.
 ¡Perdona, Padre, á quien aquí me puso!
 Y yo mismo me acuso
 Que he sido el uno de ellos,
 ¡Oh labios de piedad! ¡Oh labios bellos!
 Antonio Mirademocsa.

(1) Quien se atreviese á negar la existencia de Jesucristo, dice Balmes, se pondría tan en ridículo como quien dijese que Sócrates, que Alejandro, que César, no habían existido jamás, porque aun no mirando la cosa con ojos cristianos, sabemos tan de cierto lo uno como lo otro.

(2) F. I. Rousseau, en su Emilio, libro IV.

María al pie de la Cruz.

MARÍA, pálida é inmóvil junto á la Cruz de su Hijo está la Madre de Dios. Sus ojos mirando en actitud estática el Cuerpo Santo que ante sí tiene, sus manos contrahidas y crispadas á impulsos de indescripible conmoción neurálgica, su semblante todo inmutado, sus miembros rígidos y como paralizados y su cuerpo presa de un espasmo inenarrable, signos son reveladores de la profunda angustia de su alma. El Profeta de los lamentos, al saludarla en lontananza y contemplarla sobre la cumbre del Gólgota, lleno de estupor y asombro, se declaró el mismo impotente para expresar lo que la Virgen sentía, y á pesar del astro profético que como luz meridiana le iluminaba, solo tuvo alientos para exclamar con aquellas significativas palabras: «¿A quién te compararé, ó á quién te asemejaré? ¡Oh, hija de Saden! ¿A quién te igualaré para consolarte? ¡Oh, hija excelsa de Sion! Grande es como el mar tu amargura.»

El mar, con sus dilatados horizontes, y sus olas como gigantesas montañas, y sus rápidas algas de verde tornasolado, y sus plantas jaspeadas, grandes como arbustos seculares, y sus bancos de corales teñidos de rosácher, en su inextricable complejidad, es una figura efímera del conjunto de dolores que ofrece la Virgen. Para á la consideración del creyente. La superficie del Océano, pacífica unas veces, turbulenta otras, ni aun sospechar nos hace los misterios insondables que sus entrañas albergan; y la tranquilidad exterior que María al pie del suplicio de su Hijo presenta, no puede darnos idea de las oleadas de dolor que azotan su corazón. Ella es un mar de proporciones inmensas, de senos incommensurables, de alturas inaccesibles; y no es dado á humano entendimiento medir toda su amplitud, y menos sondear aquellas sus profundidades, que atraen á quien las contempla con toda la fuerza irresistible de los grandes abismos.

San Juan, con su inteligencia de águila y su palabra caldeada con el fuego del pecho delfico, no se atrevió á describir el gran dolor de María al ver agonizar y morir á su inocente Jesús. Nos habló de la tragedia del Calvario. Las estrellas apagadas, el sol negando su luz á la tierra, el enlutarse de los cielos, los sepulcros vomitando muertos, el descuajamiento de los montes, el choque violento de las colinas del globo, el velo del Templo partiéndose de alto á bajo, la naturaleza entera sufriendo sacudimientos que semejaban los estertores de la agonía, todos los detalles de la muerte de Cristo-Dios hallaron colorido admirable en el inspirado estilo del más sublime de los Evangelistas: solo el dolor de la Virgen fué objeto del silencio del hagiógrafo escritor. Este se contentó con decir que María estaba junto á la Cruz de su Hijo. Con esta frase lo expresó todo.

Un pintor de la antigüedad fué llamado para que trasladara al lienzo la imagen de la difunta Edigenia, hija queridísima del rey Agmenon, y habiendo dibujado el cadáver de la joven, y el llanto de los magnates, y el luto de los cortesanos, y los sollozos del pueblo, y los gemidos de los pobres, y el aspecto de la fúnebre comitiva, cuando todos esperaban uno de esos arranques del genio, reveladores de mundos incógnitos, con que trasladara al lienzo la figura del apenado monarca, el artista cogió un velo y cubrió con él la entristecida faz del soberano, dejando á la consideración de los encomiadores de su obra el averiguar el dolor inmenso de aquel padre desolado. Una cosa semejante hizo San Juan con María. No pudiendo manifestar todo el dolor de esta madre sin ventura, cubrió su rostro con el velo del silencio. Faltan palabras, faltan colores bastante vivos para dar idea de la gran desolación de la Madre de Jesús.

El amor es la medida del dolor, y María amaba á su Hijo con un amor intenso, profundísimo, casi infinito. Por eso el dolor colocó en ella su trono, haciéndola sufrir en su alma todos los dolores que Cristo padeció en su cuerpo. Hijo y Madre eran como dos espejos tersísimos que se corresponden admirablemente y que el uno refleja cuanto aparece en el otro. Herid el corazón del Hijo y os responderá el corazón de la Madre. Golpead la humanidad sacratísima del Hombre-Dios y vuestros golpes repercutirán en el alma de la Virgen. Cada mirada de Jesús se clavaba en el pecho de María; cada palabra del Hijo moribundo era una espada que taladraba las entrañas de la Madre. Esta era herida en sus ojos cuando los de Cristo se oscurecían con la sangre, las salivas y el sudor; y padecía horriblemente en su espíritu cuando veía que el Omnipotente sufría todas las fatigas del débil, y el que encendió con su soplo los astros del firmamento sentía frío, y el que puso el cándido velo del pudor á la doncella aparecía desnudo, y el que es la alegría de los ángeles y el gozo de los predestinados y el júbilo juntos, prorrumpla en aquella elegía gigantesca, contenida en las siete postreras palabras pronunciadas por el Criador al despedirse de sus criaturas: hipo gigante en que estalló el dolor comprimido en un corazón

divino, sollozo colosal que oyeron las presentes, las pretéritas y las futuras generaciones. Así que, sin exageración, podemos decir que Cristo fué el verdugo de su Madre, y que ésta sufrió en su alma todos cuantos dolores han sufrido después de ella los mártires en sus cuerpos, y los sufrió sin atenuación de ninguna especie, sin admitir lenitivo alguno. Ni aun las lágrimas, que son los efluvios del corazón que, condensados en nuestros ojos, ruedan por nuestras mejillas, tuvieron lugar en ella.

De haber llorado María al ver morir á su Hijo, la pena hubiérase mitigado. Los ojos del que llora son válvulas por donde, en forma de llanto, se escapa el dolor cuando es demasiado intenso. Así que dichoso el hombre que puede llorar: la desgracia llorada jamás llega á ser mortal. Los dolores mudos son siempre los más peligrosos. Vuelcan el corazón dentro del pecho, sin permitirle arrojar al exterior lo que puede paralizar sus movimientos. María empero no tuvo este dulce alivio en su amargura cruel. Ella era un ser superior, y los seres superiores son los que padecen más; y para sufrir tanto, y padecer cual nunca padeciera criatura alguna, sus párpados no debían titilar; y en efecto, la Escritura no dice que tal hicieran. Por eso, para significar todo lo varonil de su ánimo y toda la majestad con que sobrellevó su desventura al oír que el divino justiciero le negaba hasta el dictado de madre, y ver como entre la consternación de las esferas celestes, y el duelo del universo, y las blasfemias del hombre, y las carecadas del averno, moría, abandonado del cielo y maldecido de la tierra, el más santo de los hijos de Israel, no hay palabras más apropiadas que aquellas de un gran Doctor: *Stantem lego, flentem non lego*, no sabemos que llorase ni

berle hecho recorrer el trayecto doloroso de Jerusalén al Gólgota; de estar inocente de los crímenes horribles que se le han imputado; de los insultos que, colgado ya de tres clavos en horca afrentosa, tiene que escuchar de una muchedumbre impía y despiadada, que ni la majestad del dolor respeta. ¡Oh, dulce venganza! ¡Oh, admirable ejemplo de mansedumbre y de caridad!

¿Y por qué esto?

Jesús había enseñado en otras ocasiones que debíamos amar á nuestros enemigos y rogar por ellos, y por lo mismo, quiso establecer su doctrina con su ejemplo. «Se quiso comprender á sí mismo—como dice un escritor eclesiástico—entre sus mismas reglas, para que de la cabeza de la paciencia se derivase la forma en los miembros, y en esto se probara la emulación de los hijos, y se viera si degeneraban de tales.»

Ahora fijémosnos un poco en las circunstancias de la súplica.

Quién pide. La inscripción que Pilatos ha mandado colocar en lo alto de la Cruz, nos dice que es Jesús; es decir, el Salvador de los hombres, el Mesías esperado, el que había venido á sojuzgar y vencer y humillar en el árbol de la Cruz al que se jactaba de haber postrado al hombre con el árbol del paraíso; el que sobre la Cruz—como escribe San Cirilo Alejandrino—había venido á cancelar y borrar la escritura de maldición que contenía la sentencia fulminada por Dios contra todos los hombres....; el Hijo de Dios, en el que el Eterno Padre tiene puestas todas sus complacencias; el Santo, el que se postran al nombrarlo todas las potestades; en fin, Dios mismo, consustancial al Padre y de su misma naturaleza.

A quién pide. Pide á su Eterno Padre. No dijo Dios, ni Señor, ni Rey del cielo y de la



se desmayase la Virgen en el Calvario: en tanto que el Evangelio nos autoriza para afirmar que *María estaba de pie, junto á la Cruz de su Hijo.*

Fr. Gabriel Casanova
Lector general Franciscano.

¡Padre, perdónalos...!

(Lec. 23-34.)

LA muerte del inocente Abel clamó venganza al Cielo, y la venganza no se hizo esperar: la Justicia Divina, protectora y vengadora de los inocentes, castigó con rigor crímen tan atroz, y la maldición de Dios cayó sobre Cain.

Los judíos cometen una muerte infinitamente más execrable; un crimen, que por lo singular, único y sin ejemplo, antes y después, no tiene nombre en ningún Código, ni legislación alguna ha podido fijar su penalidad. Han crucificado al Santo de los Santos, á Jesús, á su Mesías, á Aquel en quien el mismo Pilatos no encontró causa, al que había pasado la vida haciéndoles bien. Y lo han crucificado envidiosos de su virtud y de su gloria. Y esta sangre injustamente derramada, esta muerte del Justo, ¿no clamará venganza al Cielo? El Hijo de Dios, ¿no pedirá á su Padre Celestial una demostración de su justicia, á fin de que brille su inocencia y sean confundidos sus enemigos?

No, no hay que pensar semejante cosa del Divino Corazón de Jesús. Apenas enclavado en la Cruz, levanta los ojos al Cielo, y dice: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.» Así se venga de la traición de Judas, su discípulo y amigo; de las bofetadas y escarnios crueles; de los desprecios y burlas sangrientas; de haber sido despiadadamente azotado y coronado de espinas; de ha-

berle hecho recorrer el trayecto doloroso de Jerusalén al Gólgota; de estar inocente de los crímenes horribles que se le han imputado; de los insultos que, colgado ya de tres clavos en horca afrentosa, tiene que escuchar de una muchedumbre impía y despiadada, que ni la majestad del dolor respeta. ¡Oh, dulce venganza! ¡Oh, admirable ejemplo de mansedumbre y de caridad!

Qué pide. No pide salud, vida larga, riquezas ni prosperidades materiales: pide el mayor bien de que estaban necesitados, es decir, el perdón. Cuando ellos le daban la muerte temporal, El rogaba para que fuesen libres de la muerte eterna, olvidando la injusticia, el odio y la crueldad con que le habían tratado, y apoyando su petición en la ignorancia de sus verdugos. *No saben lo que se hacen. Perdónalos, porque no todos los que me insultan comprenden toda la gravedad de su crimen infinito.*

Cuándo pide. En el acto mismo que se le hace la injuria. «Allí mismo, en la misma ocasión—dice San Agustín—pedía el perdón para aquellos de quienes recibía la injuria, porque no reparaba en que eran ellos los que le quitaban la vida, sino que atendía solamente á que moría por ellos.» En el momento solemne que ofrece el gran sacrificio de los siglos, en la hora ansiada en que tributa á la divinidad la mayor gloria, pide, á cambio de su inmolación, clemencia para sus enemigos, para sus acusadores, para sus jueces, para sus verdugos.

Cómo pide. No de un modo condicional, como en Getsemani, cuando abrumado de pena decía: *Padre mio, si es posible, que pase de mí este cáliz: sino de un modo absoluto, sin restricciones, sin salvedades, sin excluir al mismo Pilatos, ni á los mismos Escribas y Doctores, en los cuales no cabía ignorancia; pide diciendo: Padre, perdón para todos tus enemigos y los míos, para toda la humanidad*.....

Aprendamos á vengarnos de nuestros enemigos y ofensores; y ya que somos todos hijos de una Iglesia, miembros de una misma sociedad, y hemos sido rescatados con la Sangre Divina del que tan sublime ejemplo nos dió, arranquemos de nuestro corazón los odios y los rencores; demos al olvido las injurias é insolencias del que tal vez nos arrebató el honor y el pan; opongamos la generosidad al desdén y al desprecio, y henchidos de desinterés y de abnegación, perdónemos sin reservas ni condiciones, de un modo amplio, abrazando, junto á la Cruz del Salvador, en el fondo de nuestro corazón, á nuestro rival ó enemigo, y diciendo por él á Dios: *Padre, perdónale, porque no sabe lo que se hace.*

Los Centuriones del Evangelio.

En los milagros del Divino Maestro y en el drama del Calvario, figuran dos militares, cuya fisonomía moral es tan característica como su patria guerrera, más tarde propagadora del Cristianismo y del Derecho.

De la cohorte de Cesárea había en Cafarnaüm una centuria, ó compañía, de guarnición: su jefe tenía uno de sus siervos muy enfermo, y habiendo oído hablar de las curaciones que Jesús obraba, pensó en que aquél volviese á la salud; pero no se atrevió á pedir directamente tal gracia, sino que hubo de valerse de los ancianos de la ciudad, los cuales dijeron al Mesías: «es digno el centurión de que hagas lo que te pide, porque ama á nuestro pueblo y nos ha edificado una sinagoga.» «Iré y lo sanaré», respondió el Señor. Y encontrando en el camino al capitán, éste, con acendrada fe, unida á un verdadero espíritu militar, le dirige aquellas palabras tan bellas que la Iglesia ha conservado para administrar la Sagrada Eucaristía: *Dómine, non sum dignus, etc.* «Señor, no soy digno de que entres en mi morada, pero sí solamente una palabra y mi siervo será sano y salvo.» «No te tomes el trabajo de entrar en mi casa, que ni aun me he creído digno de salir á buscarte» (S. Mateo, cap. VIII y S. Lucas, VII.) «Pues también soy hombre sujeto á otro, que tengo soldados á mis órdenes y digo á éste, ve, y va; y al otro, ven, y viene; y á mi siervo, haz esto, y lo hace.»

Maravillado el Redentor, dijo al pueblo que le seguía: «ni en Israel he hallado una fe tan grande.» «Ve, y como creiste, así te sea hecho.»

El militar romano es ejemplo de la fe ciega: no ha menester, cual la hemorroisa de Paneades, tocar la vestidura de Cristo, ni necesita que, como al hijo de la viuda de Naim, imponga sus manos en el que va á tornar á la vida: bástale la voz á que obedecen los cielos y la tierra.

A poco de expirar el Nazareno, fué otro centurión el primero que sin mundano temor, proclamó su divinidad en el Calvario, gritando: «verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.»

Puesta la mente en tan sublimes acontecimientos y el corazón en el Augusto Mártir, que fué juzgado militarmente por la presión de voluble multitud frenética y por la debilidad de un Pretor, los que en nuestras armas ostentamos el adorable signo de la Cruz, exclamamos con ufania: ¡un militar fué el primer gentil que creyó en Jesucristo, el primer cristiano tal vez!

Alfredo Serrano Durán
Capitán de Infantería.

RIMAS

Cuelga entre Dios y el hombre suspendido
Del Redentor, el Cuerpo Sacrosanto;
Vierte, muda la tierra, amargo llanto;
Baja del alto Cielo hondo gemido.

Todo es luto y pavor; estremeado
El orbe tiembla en tan cruel quebranto;
Nubla su luz el Sol, y el Templo Santo
Ve el misterioso velo dividido.

Conmueven las frías sepulturas,
La vida desaparece, cunde el duelo,
Rasgan los montes sus entrañas duras....

Y el hombre por quien muere el Rey del Cielo,
En medio de tan negras amarguras,
Eslavo de su error yace en el suelo.

No quiero vivir en mí,
Ni vida propia tener,
Sólo quiero merecer
Vivir contigo y en tí.
Que en el punto que te ví
Te me mostraste de suerte,
Que aprendió mi orgullo vano
Lo que con ganarte gano,
Lo que pierdo con perderte.

Alumbren mi entendimiento
Los destellos de tu luz,
Para que en la Santa Cruz
Viva fijo el pensamiento.
No me des más ardimiento
Que verte crucificado;
Y tu amor y mi pecado
Tenga yo siempre delante,
Y anhele sólo el instante
De estar contigo enclavado.

Manuel María del Campo.

Ante la Virgen de los Dolores.

¡Perdón, Madre mía!

Y eres Tú la estrella más luminosa del cielo de Judá? ¿Y eres Tú la rosa más fragante de los pensiles de Sión? ¿Y eres Tú la doncella más hermosa y gentil del pueblo de Israel?.....

¿Y eres Tú la figura arquetípica de cuyo candor es un remedo la albura del cáliz de la azucena, de cuyo esplendor es una pavesa la catarata de luz desprendida del sol centelleante, de cuya belleza son una sombra la aurora vestida de nácares y el ocaso vestido de púrpuras, de cuya majestad son un destello los mundos arrojados en el inmenso espacio, á guisa de viviente semillero, de cuya sublimidad y de cuya grandeza es un tenue rasgo la creación universal, desde el átomo que se pierde en las profundas entrañas del planeta, hasta el Serafín que aletea sobre las cumbres más altas del Empíreo?.....

¿Y eres Tú la Madre de Dios, la Reina del cielo, la Emperatriz de la gloria, la soberana de los ángeles, que son tus mensajeros, que te sirven de rodillas, que te regalan con sus himnos de amor, que te acompañan por doquier en lo infinito, extendiendo, á tu paso, el inmáculo plumón de sus alas de nieve para que te sirva de alfombra?.....

¡Y veo palidez en tus mejillas! ¡Y veo lágrimas en tus ojos! ¡Y veo espadas de dolor atravesando tu corazón!..... ¿Qué? ¿Qué te apena? ¿Qué te aflige? ¿Por qué lloras?.....

¡Ah! Lloras por mí, porque me amas y no te ves correspondida, de mí, pecador.....

Lloras por mí, por mi tibieza, por mi ingratitude, por mi rebeldía.....

Lloras, porque no utilizo el sacrificio de tu Hijo divino para mi bien, porque no me aprovecho de su sangre divina, caída á torrentes para limpiar por completo mi alma, porque no procuro aumentos de santa vida aunque El se adelantó á otorgármelos con su muerte afrentosa.....

Lloras, porque te hacen llorar mis fragilidades, porque te hacen llorar mis caídas, porque te hacen llorar mis pecados..... Lloras porque yo no lloro de arrepentimiento.....

Pues aquí me tienes, en este día, postrado ante Ti, con la frente en el polvo, arrepentido y lloroso, pidiéndote me perdones.

¡¡¡Perdón, Madre mía!!!

Salvador S. Valdepeñas.

El Profeta en su Patria.

EL fin que se propuso el Redentor del mundo antes de lavar con su sangre la mancha del humano linaje, producida por la prevaricación de los primeros culpables, fué anunciar el reino de Dios en el mayor número posible de pueblos. Cuando embriagados con su celestial palabra, los que tenían la dicha de oírlo, se obstinaban en retenerlo, El les decía: «Es menester que yo anuncie el reino de Dios á otras ciudades, pues para ésto he sido enviado».

Tocóle también la suerte de oír sus redentoras enseñanzas á la pequeña Nazaret, donde se había criado. «Entró, refiere San Lucas, según su costumbre, el día del sábado en la sinagoga y se levantó á leer. Y habiendo arrollado el libro lo dió al ministro y se sentó. Y cuantos había en la sinagoga tenían los ojos clavados en El. Y les empezó á decir: hoy se ha cumplido esta profecía en vuestras orejas. Y todos le daban testimonio..... y decían: ¿No es éste el hijo de José?»

La importancia que el sagrado evangelista concede á esta visita del Redentor al pueblo donde pasó su vida, se deduce de los detalles con que la refiere y que merecen tenerse en cuenta para la inteligencia de su relato.

Los judíos tuvieron un solo templo, edificado por Salomón, de tan asombrosa suntuosidad y riqueza tanta, que tal vez haya sido el más renombrado y maravilloso que registra la historia. Destruído por los babilonios, fué de nuevo construído sobre el mismo monte Moria por Zorobabel, en tiempo de Darío, Rey de los persas. Con el valioso auxilio de este Monarca, y aunque sin la magnificencia del primero, se vió terminado en un espacio de veinte años, en la olimpiada LXVI, como unos 515 años antes de Jesucristo. En este templo ofrecían al Señor sacrificios en la forma y con el fin que la ley mandaba.

Pero desde el tiempo de los Jueces, y más bien desde el primer cautiverio, por carecer de lugar sagrado donde ofrecer los sacrificios, empezaron á construir casas de oración y doctrina, *proseuchas* ú oratorios, que denominaron *Sinagogas*. A éstas acudían diariamente, y con especialidad el sábado, consagrado al descanso, no

sólo á orar, sino á instruirse leyendo ú oyendo la explicación de las Sagradas Escrituras.

Y estas sinagogas se multiplicaron tanto, que sólo en Jerusalem, en el asedio de la ciudad por Tito, se contaron 480, no faltando, por consiguiente, en ningún pueblo, por pequeño que fuese, en ninguna ciudad, aunque de escasa importancia, estos lugares especiales de instruirse y llenar de algún modo los deberes religiosos. A juzgar por lo que se indica en los Hechos de los apóstoles, los judíos unidos por algún vínculo tenían sus oratorios de preferencia, puesto que se habla de la sinagoga de los libertinos ó hijos de padres libertos, de los alexandrinos y cireneos, cuyo hecho confirma Juvenal cuando pregunta: *In qua proseucha te queram?* ¿En qué sinagoga te busco?

En cuanto á su arquitectura, es opinión común que eran de construcción sencilla, sin ningún adorno en el interior, profusamente alumbradas, con plataformas elevadas para los lectores, y en sitio conveniente, una mesa ó altar sobre el que se colocaba la ley. La sinagoga que existe en esta ciudad no puede servir de norma por ser relativamente moderna y estar construída por el opulento judío Samuel Leví, que quiso hacer un edificio fortísimo con detalles de ornamentación de gusto exquisito y de perfección acabadísima.

Dos clases de personas acudían á estas reuniones, no incluyendo los sacerdotes ó levitas, donde los había; los rabinos ó doctores encargados de explicar la ley, y los discípulos y los que deseaban aprenderla. Las mujeres oían la explicación y podían ver sin ser vistas, desde alguna habitación contigua que al efecto solía

esperando sin duda una derrota. El Salvador lo toma, y cumpliendo las ritualidades prescritas, se prepara á explicar el pasaje. El que leyó en aquella circunstancia corresponde al capítulo LXI de Isaías y se refiere á su venida. Por su fondo importantísimo y por su forma bellísima, vamos á transcribirlo.

«El espíritu del Señor sobre mí, porque me ungió el Señor; me envió para evangelizar á los mansos, para medicinar á los contritos de corazón y predicar remisión á los cautivos y abertura á los encerrados.

Para predicar el año de reconciliación con el Señor, y el día de venganza de nuestro Dios; para consolar á todos los que lloran..... y darles corona por ceniza; óleo de gozo por llanto; manto de alabanza por espíritu de tristeza; y los que están en ella serán llamados los fuertes de justicia, plantío del Señor para gloria suya.»

Para manifestar la extremada curiosidad que dominaba al auditorio, momentos antes de empezar la explicación del pasaje leído, dice el Santo Evangelista, que cuantos había en la sinagoga tenían clavados en él los ojos. El vaticinio de Isaías era claro y terminante. El Mesías que anunciaba debía reunir condiciones extraordinarias que particulariza el Profeta, y no podían ocultarse. Sobre él había de descender el espíritu del Señor. Se habían de verificar grandes trastornos para que los buenos, los judíos, reconciliados con su Dios, disfrutasen la herencia ofrecida, y los malos, los gentiles, habían de sufrir el castigo merecido en el día de la venganza. Era preciso, por consiguiente, que viviese rodeado de ángeles exterminadores con espadas flamíferas, y de ángeles buenos, con

Jerusalem y de Julia, y de la otra ribera del Jordán.» Y como tenían noticia de estos grandiosos hechos acaecidos casi á las puertas de Nazaret, en la misma tribu donde estaba encerrada, y no podían dudar de los vaticinios de profetas, á quienes veneraban tanto, y zumbaban en sus oídos los delirantes entusiasmos de la muchedumbre por sus múltiples maravillosas curaciones; vencidos por esta fuerza incontrastable, y atraídos por la gracia y encanto de su predicación singularísima, por la compostura y modestia de sus ademanes, por la dulzura de su palabra y, sobre todo, por su profunda sabiduría, tuvo que acontecer lo que refiere el Santo evangelista, *que todos le daban testimonio*, que todos se rindieron, ensalzándole y alabándole, á la eficacia de su palabra.

Pero pasado este involuntario movimiento, esta atracción seductora de la divina gracia, al apagarse el eco de su palabra; al echar en El de menos la estirpe regia y la espada del conquistador invencible; al ver que los ángeles exterminadores se habían convertido en pescadores del mar de Galilea; al ver, por fin, que aquel Mesías era un oscuro artesano, cuyo crecimiento habían presenciado, y sobre todo, al considerar que aquellos prestigios menoscababan sus prestigios y aquella fama oscurecía su propia fama, exclamaron con marcado acento de incredulidad y en señal de menosprecio: ¿por ventura, no es éste el hijo del artesano? (1).

Si, del artesano, autor supremo de cuanto existe: del artífice divino que, con la influencia de su palabra, hizo la fabrica del universo, y con su querer formó los elementos de que se compone; y encendió el fuego del sol que da vida al planeta; y colgó la lámpara de la luna en el negro espacio de los cielos, que sembró de estrellas, y más aún, dió el ser al hombre, pequeño mundo que encierra y sintetiza cuanto existe en los cielos y en la tierra. Así lo vaticinaron los videntes de Judá; así lo proclamó el Padre sobre la ribera del Jordán y sobre la cima del Tabor más tarde; así lo patentizaban los ciegos que habían recobrado la vista, los tullidos que por su mandato iban saltando como cervatillos, los contritos de corazón que recobraron la paz de la conciencia, los que habían recibido corona por ceniza y óleo de gozo por llanto, y manto de alabanza por espíritu de tristeza; es decir, los pobres material y espiritualmente entristecidos y enfermos que habían recobrado la salud y habían sido evangelizados. Por eso pudo decirles con verdad que era el Cristo enviado de Dios y que el vaticinio de Isaías se cumplía entonces en aquella sinagoga.

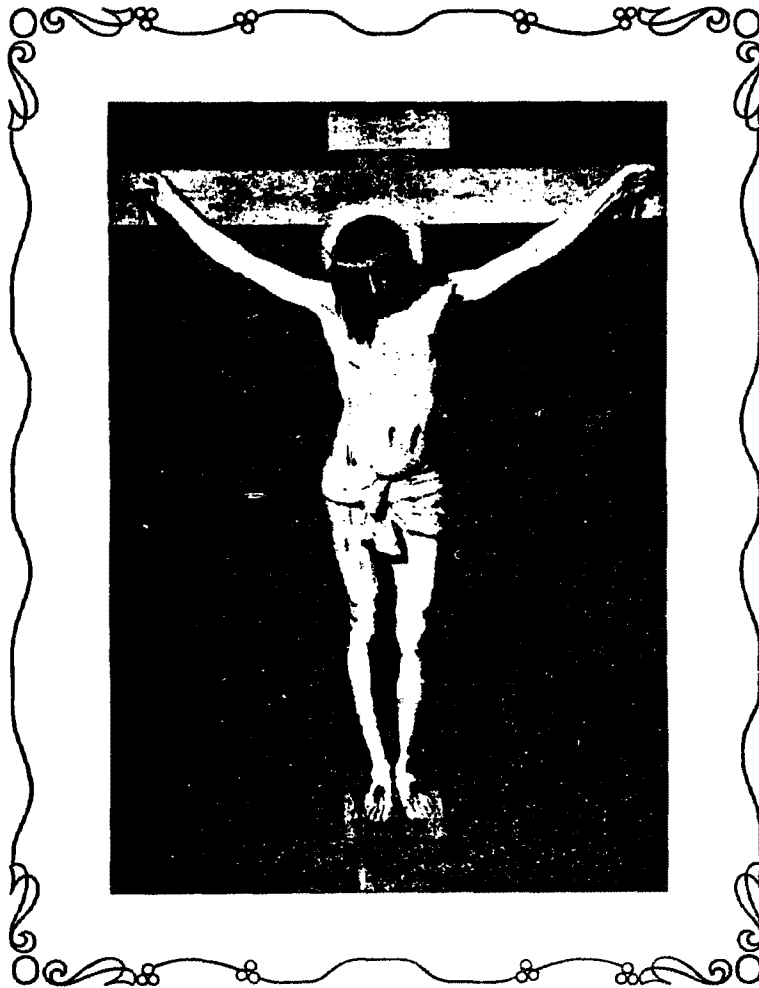
¿Por ventura, no es éste el hijo de José? (2) No; por un pensamiento verdaderamente divino está no más encargado de su alimentación y custodia; pero su filiación es divina y divina su persona y eterna su existencia, aunque en el tiempo una Virgen sin mancha ha dado su sangre para que, revistiendo nuestra naturaleza, redimiese al mundo. Y como esta obra y estos designios son de Dios, ha querido prescindir de lo que pudiera tomarse por auxilio humano, para que, con claridad meridiana, se viera que es la Sabiduría de Dios la que redime y transforma la vida de todo el género humano.

La pregunta de los nazarenos trasmitida de generación en generación, de siglo en siglo, se repite hoy uniformemente por todos los incredulos. ¿No es éste el hijo de José el carpintero? Pues el hijo del carpintero, dicen, genio colosal, filósofo extraordinario, se levanta como un coloso en medio de la historia; pero no puede ya contener, en los límites por él marcados, el vuelo de la humana inteligencia. La luz de la verdad les hiera, y acaban por cerrar los ojos á sus rayos, prefiriendo las tinieblas.

Como los oyentes de la sinagoga galilea pasaron de la alabanza y *el testimonio* á la duda y á la negación, y de la negación al odio, se encuentran en todas partes desventurados, que habiendo escuchado su voz, repetida por sus ministros, ultrajan su nombre, y aprovechándose y hasta mostrándose orgullosos de las ideas luminosas contenidas en su doctrina, le niegan la gratitud y el respeto que por ello le son debidos. Por envidia mal disimulada, por mezquinos celos, porque oscurecía su fama de sabios, le arrojaron del templo: ¿Hay pueblo en el planeta y día en la historia en que, por influjo de las mismas pasiones, no hayan hecho ó hagan sus enemigos esfuerzos supremos para desterrarle de los corazones en que domina? La firme persuasión con que les anuncia la divinidad de su persona, les desconcierta y trata de precipitarle desde las rocas sobre que la ciudad estaba situada. También los sofistas actuales, olvidados de que ha roto las cadenas del esclavo, de que ha evangelizado á los pobres, de que los fulgores de su doctrina ahuyentaron las tinieblas espirituales en que la humanidad vivía, tratan de despeñarle de las alturas de su gloria en nombre de la razón que no supo disparlas.

Y en fin; como pasó entonces, sereno, por entre la multitud amotinada, pasa hoy por entre los furiosos enemigos, apoyado en los oráculos del pasado y en las conquistas realizadas, ostentando su inmortalidad contra sus ataques impotentes, pero con los brazos abiertos á la reconciliación; ofreciéndonos sus labios un beso de amor infinito para redimirnos y su corazón, sus latidos y el precio infinito de su sangre para salvarnos.

Jorge Borroño.



construirse provista de espesas rejillas. Llegada la hora de la explicación, los doctores, según su antigüedad y sus prestigios, ocupaban los sitios de preferencia; después los de menos fama, y á sus pies, en actitud modesta y recogida, los que componían el auditorio. El arquisínagogo, que era un sacerdote ó levita, si lo había, ó un anciano de los más peritos, y que no leía nunca, era el presidente espiritual, y por medio de ministros ó sirvientes dirigía la conferencia.

Por indicación suya el *azaním* ó ministro tomaba de la mesa el volumen (1) de la ley que se le había ordenado; es decir, el pergamino que la contenía, arrollado en un cilindro de madera á guisa de carta geográfica, y lo llevaba al rabino que se le había prevenido. Tomaba éste el volumen, y de pie, para indicar el respeto que se debe á la palabra divina, desenvolvía el rollo, leía el pasaje, arrollaba de nuevo el pergamino y devolviéndolo al *azaním*, se sentaba, dando comienzo á la interpretación del lugar que previamente había leído.

Con estos antecedentes es más fácil darse cuenta del incidente de Nazaret, que refiere San Lucas. El Redentor, según su costumbre, se dirigió á la sinagoga: era sábado; por indicación ajena ó por impulso propio, el arquisínagogo eligió para explicar la escritura, dándole oficialmente el honor que le correspondía, al joven nazareno, cuya fama de doctor consumado había llegado á la ciudad antes que su persona. El ministro le lleva el volumen y los ojos de todos los concurrentes se clavan en él,

áureas coronas, para otorgar, respectivamente, los premios y los castigos. Debía ser de regia estirpe, y sigilosamente escondido y cuidadosamente educado; debía tener la sabiduría de Salomón en su mente, la fuerza de Sansón en su brazo y su espíritu, bañado en óleo santo, que Jehová derramaría sobre su cabeza.

Cuando estos pensamientos cruzaban por el cerebro de cada uno de los doctores y ancianos de Nazaret, el Salvador, abriendo sus divinos labios, con la firmeza de la verdad y la posesión de sí mismo, les dice: Hoy se ha cumplido puntualmente el vaticinio de Isaías en este lugar y en vuestra misma presencia. Y recordándole el testimonio del Bautista, que le declaró ante las muchedumbres cordero de Dios, enviado para quitar los pecados del mundo, les hace ver que era el Cristo, el ungió de Jehová; que el Espíritu Santo había descendido sobre su cabeza, como sabían todos, en el momento de derramar sobre él, en la ribera del Jordán, las aguas bautismales, y que allí mismo, su eterno Padre, había declarado con una voz, cuyo eco no se extinguirá hasta la consumación de los siglos, que era su hijo muy amado y el objeto de sus complacencias.

Jesús quiso, y ahora se vé la razón que tuvo para ello, predicar en Cafarnaüm y en las ciudades de la Galilea próximas á Nazaret, antes que en su patria. Y corrió su fama por los confines de las tribus de Zabulón y Neftalí y por toda la Siria, «y le trajeron todos los que le pasaban mal, poseídos de varios achaques y dolores, los endemoniados, los lunáticos, los paráliticos, y los sanó. Y le fueron siguiendo muchas tropas de la Galilea y de Decápolis, de

(1) Del verbo latino *volvo*, que significa revolver, dar vueltas, arrollar.

(1) San Mateo.

(2) San Lucas.

Las tinieblas en la muerte de nuestro Redentor

Nos dice San Mateo en el cap. XXVII, v. 45: «Desde la hora de sexta (1), hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona; San Marcos, capítulo XV, 33: Y cuando fue la hora de sexta, se cubrió de tinieblas toda la tierra, hasta la hora de nona, y San Lucas, XXIII, 44 y 45: Y era ya casi la hora de sexta, y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora de nona. Y se oscureció el Sol; y el velo del templo se rasgó por medio».

Los historiadores paganos atestiguan también la existencia de las sorprendentes tinieblas en países remotos de la Palestina: como Egeon Trallense, que en el siglo II escribía en sus *Anales*: «El año cuarto de la olimpiada CCH hubo un eclipse de Sol, el más grande que se ha visto. A la hora de sexta del día, se presentó una tan oscura noche, que aparecieron las estrellas del Cielo. Sucedió, además, un gran temblor de tierra, que arruinó muchas casas de Nicea, ciudad de Bitinia».

Y el sabio astrónomo, San Dionisio Areopagita, siendo pagano, al observar aquel fenómeno incomprensible en luna llena, turbado y atónico, exclamó: «O la Naturaleza perece, ó su Autor padece», circunstancia determinante, que predispuso su ánimo más tarde, para ser uno de los primeros y más fervientes discípulos de San Pablo.

Y tanto el P. Las Casas como Fernández de Oviedo, primeros historiadores del Nuevo Mundo, nos refieren que en las teogonías y tradiciones de los indios existían narraciones de un eclipse tenebroso, en fechas cuyos cómputos venían á coincidir con la de la pascua en que Nuestro Salvador expiró en la Cruz.

El hecho histórico viene, pues, á ser comprobado por pueblos tan distantes y remotos de la Judea, que no podemos menos de admitirlo como incontrovertible.

Ahora el hecho astronómico, podemos asegurar que es imposible; pues en el plenilunio encuéntrase la Tierra interpuesta entre el Sol y la Luna, y es cuando únicamente es factible el eclipse de ésta, pero nunca el de aquél. Además, un eclipse de Sol parcial ó total, no es visible en ningún caso más que en una pequeña parte de la Tierra, y el Evangelio y la Historia nos dicen que á la muerte de Nuestro Señor Jesucristo toda la Tierra quedó en tinieblas; lo cual no pudo ocurrir sino por un hecho sobrenatural y milagroso; bien porque perdiera el Astro del día efectivamente su luz, ó porque una masa de espesos vapores se interpusiera entre él y la Tierra, atendiendo á que los evangelistas nos hablan de tinieblas y no de eclipse.

Simultáneamente, á este sorprendente acontecimiento universal, ocurrió el del tremendo temblor de tierra, hecho también natural á primera vista; pero al examinar los geólogos modernos las perturbaciones seísmicas de la Palestina, no han podido menos de asombrarse al observar que las grietas abiertas en el Gólgota en la época de la crucifixión, se presentan normales á las capas ó extractos de los terrenos, en vez de serlo en el sentido de ellas mismas, como ocurre siempre necesariamente; contradicción que ha hecho convertir á la verdadera Religión á muchos sabios impíos ó herejes, llevados á aquel sagrado paraje, más por el espíritu de investigación científica, que por el de crítica religiosa.

Así se comprende el que no sólo el Centurión, sino que muchos paganos y judíos, en presencia de dichos incomprensibles cataclismos, prorumpieran aterrados en aquella famosa exclamación: «Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!»

Manuel Castaños y Montijano,
Teniente Coronel de Infantería.

FLEUIT SUPER ILLAM

LA ceguera de los judíos fué una de las mayores amarguras del Redentor del linaje humano. Refiere el Evangelista San Lucas en el cap. XIX, v. 42 y siguientes de su Evangelio, que cuando Jesucristo se dirigía desde Betania á Jerusalén cabalgando en una asna y acompañado de sus discípulos, que le aclamaban y bendecían por las maravillas que habían presenciado, cerca ya de Jerusalén y al dar vista á la ciudad, lloró sobre ella, doliéndose de su ingratitud y anunciando su destrucción y su ruina. *Et ut appropinquaret, ridens civitatem fleuit super illam, dicens: (Oh ciudad ingrata á quien tanto he amado y distinguido entre todas las ciudades! Si ahora quisiera, que vengo á tí como mansísimo cordero y como médico soberano convidándote con la paz y con la salud, cayeses en la cuenta y reconocieses y admitieses á tu libertador, que viene á derramar sobre tí bienes infinitos, ¿cuánta sería tu dicha? Pero no es así: permanecerás en tu obstinación á ingratitud y esto dará ocasión al terrible castigo que te espera. ¡Jerusalén! ¡Jeru-*

(1) Debe entenderse las doce del día, según la manera de contar y nombrar las horas los judíos.

salén! Si á lo menos reconocieras en igual día el único recurso que te queda para alcanzar la paz.... pero todo está oculto á tus miradas. *Vendrá un tiempo en que tus enemigos te rodearán de trincheras; y te cercarán por todas partes; te destruirán á tí y á tus hijos y no dejarán piedra sobre piedra, porque no conociste el día en que fuiste visitada.*

San Mateo en el cap. XXIV, y San Marcos, en el cap. XIII, refieren igualmente, que estando Jesús junto al Templo, se le acercaron sus discípulos haciéndole notar las bellezas de tan suntuoso edificio: Mira qué piedras, mira qué fábrica, le decía uno de ellos, y Jesús dijo: *Vendrá un tiempo en que todo lo que ahora veis será destruido de manera que no quedará piedra sobre piedra.* Maestro, ¿cuándo serán esas cosas?, preguntáronle aparte Pedro y Santiago, y Juan y Andrés, á lo que respondió nuestro divino Salvador: *En verdad os digo que no se acabará la presente generación sin que esto se haya realizado.*

Hé aquí en breves palabras la profecía de la ruina de Jerusalén y de su Templo, la profecía de la dispersión de los judíos, cuyo exacto cumplimiento, en todas sus partes, bastaría por sí sólo para probar la divinidad del Cristianismo. Isaías y Daniel habían trazado ya este cuadro profético, y Cristo Jesús se lo apropió, refiriendo los acontecimientos á su persona, y puntualizando con admirable precisión las circunstancias y el tiempo en que habían de desarrollarse. Daniel había dicho: *Et civitatem et sanctuarium dissipabit populus cum duce venturo; et finis ejus vastitas, et post finem belli statuta desolatio.... et erit in templo abominatio desolationis et usque ad consumationem et finem perseverabit desolatio.* Jesucristo dijo hablando de Jerusalén: *Quia veniet dies in te, et circumdabunt te inimici tui callo, et circumdabunt te; et conqussabunt te undique.... et ad terram prosternent te, et filios tuos, qui in te sunt, et non relinquent in te lapidem super lapidem.* Refiriéndose al Templo, hubo de decir también: *Vides has omnes edificaciones? Non relinquetur lapis super lapidem qui non destruetur.... Cum ergo eideritis abominationem desolationis que dicta est á Daniele propheta stantem in loco sancto, qui legit intelligat.* E instado por sus discípulos para que fijara el tiempo en que habían de efectuarse tales sucesos: es decir, la ruina de la ciudad y de su Templo, y la desaparición del pueblo judío, añadió: *Amen dico vobis quoniam non transibit generatio hec, donec omnia ista fiant.*

Corría el año 70 de la Era Cristiana, y por consiguiente, no habían transcurrido ni cuarenta desde la muerte de Jesús en la cumbre del Calvario, cuando el ejército del emperador Vespasiano, mandado por su hijo Tito, puso sitio á Jerusalén, y después de seis meses de riguroso asedio, la tomó por asalto, arrasando la ciudad, incendiando su templo y pasando á cuchillo á gran número de sus habitantes; no quedó piedra sobre piedra, según estaba predicho. Los judíos que se salvaron de entre las ruinas, huyeron despavoridos, dispersándose por todas partes, y sus descendientes, no excluidos de la maldición común á los de su raza, viven y vivirán errantes sobre la tierra hasta la consumación de los siglos, sin volver á formar un pueblo, ni constituir nacionalidad. Tito, que se distinguió por la dulzura y benignidad de su carácter, y de quien se cuenta que, siendo ya emperador, se acordó una noche de que no había dispensado ningún beneficio en las últimas veinticuatro horas, y dijo á sus amigos que *había perdido el día*; hizo cuanto pudo para salvar á Jerusalén, intimando á los judíos que se rindiesen, pero todo fué en vano. «Hemos hecho la guerra dirigidos por Dios, decía después á cuantos querían oírle: El es quien ha arrojado á los judíos de sus fortalezas, contra las cuales nada podían las fuerzas humanas, ni todas las máquinas de guerra (1). Ofrecíanle coronas y laureles por tan señalado triunfo, y las rechazaba diciendo: *No soy yo quien ha vencido; no he hecho otra cosa más que prestar mis manos á la venganza divina.*

Cuatro son las condiciones que, según los filósofos cristianos, debe de reunir la predicción de un hecho futuro para que revista el carácter de verdadera profecía y pueda ser considerada como milagrosa y sobrenatural: 1.ª Anterioridad reconocida del oráculo.—2.ª Certidumbre de su cumplimiento. 3.ª Imposibilidad de que la concordancia, entre la profecía y su realización, sea debida á la casualidad ó á un concierto puramente humano.—Y 4.ª Realidad de esta concordancia. En el caso presente, hasta los más incrédulos han de rendirse ante la evidencia, reconociendo y confesando por la fuerza incontrastable de la verdad, que entre la profecía y su cumplimiento mediaron no pocos años, á contar desde Jesucristo, y muchísimos más desde los tiempos de Daniel, siendo, por tanto, anterior, y muy anterior á la catástrofe el anuncio de que había de acontecer, con todos sus detalles y circunstancias; que los hechos profetizados son de una realidad abrumadora y se hallan perfectamente garantidos por el testimonio unánime de todos los historiadores, tanto sagrados como profanos, antiguos y modernos, amigos y adversarios de la

(1) Flavio Josefo en su historia *De bello judaico*.

Iglesia Católica; que no hay medio de atribuir á la casualidad ni á casualidades humanas la maravillosa concordancia entre la profecía que nos ocupa y el hecho cierto y positivo de la destrucción por el hierro y por el fuego de la ciudad deicida, y el aniquilamiento y dispersión del pueblo hebreo en tiempo del Emperador Vespasiano y, por fin, que es tan patente y tan notoria la efectividad de esta concordancia, que no ha menester más prueba que el testimonio de nuestros sentidos.

Un acontecimiento de gran resonancia también vino tres siglos después á confirmar más y más la prodigiosa exactitud de esta profecía y su indefectibilidad, como verbo de Dios. Juliano el Apóstata, en sus pretensiones de libertador de los judíos, intentó reedificar el templo de Jerusalén, creyendo encontrar en el logro de su empresa un argumento irrefragable contra la verdad de la Revelación, pero fueron inútiles sus esfuerzos. Un escritor francés nada sospechoso, Gibbon, en la *Historia de la decadencia del imperio romano*, refiere el caso de la manera siguiente: «A la señal dada por su poderoso libertador, los judíos diseminados por todas las provincias del imperio, acudieron á la montaña santa, y su insolente triunfo alarmó ó irritó á los cristianos que se encontraban en Jerusalén. El deseo de reconstruir el Templo ha sido siempre, desde su ruina, la pasión dominante de los hijos de Israel. En aquel afortunado momento olvidaron los hombres su avaricia y su delicadeza las mujeres. La vanidad de los ricos se sirvió de azadones y otros instrumentos de plata y se vió llevar escombros á personas vestidas de púrpura y seda. Se abrieron todos los tesoros, no hubo nadie que dejase de tomar parte en tan piadoso trabajo, y las órdenes del gran monarca fueron ejecutadas con entusiasmo por el pueblo entero.»

Nadie hubiera dicho, dentro de la humana previsión, que muy en breve se interrumpiría una obra con tan buenos auspicios comenzada. Contábase con una voluntad de hierro como la del emperador, con la eficazísima cooperación de los judíos y con recursos sobrados para llegar hasta el fin, y sin embargo todo marchaba con gran lentitud; los trabajos de cimentación del nuevo edificio sólo servían para destruir los fundamentos del antiguo, y en tal situación, esterilizados los esfuerzos de aquella obcecada muchedumbre, hizo ostensible y manifiesta la voluntad suprema del Cielo. Gibbon lo afirma entre admirado y confuso, reproduciendo las palabras de un filósofo pagano, Arriano Marcelino, que, á pesar de las preocupaciones propias de los de su escuela, se vió precisado á rendir culto á la verdad. «Mientras Alipio, dice, ayudado del gobernador de la provincia, activaba con grande ardor los trabajos, salieron de entre los cienientos terribles globos de fuego; con frecuencia reventaban sobre los operarios, á quienes hirieron, y á veces les hicieron inaccesible el terreno. Y como siguiese este fuego cayendo cada vez con más fuerza sobre los trabajadores, como si estuviese destinado á dispersarlos, al fin se abandonó aquel propósito.» El que impidió, por medio de la confusión de lenguas, la construcción de la torre de Babel para castigar la soberbia de los hombres, é hizo caer del cielo una lluvia de fuego sobre Sodoma y Gomorra por la sensualidad de sus habitantes, pudo muy bien servirse de estos medios extraordinarios, si así plugo á su infinita sabiduría, para hacer fracasar los planes del impío Juliano, empeñado en detener el brazo de la justicia de Dios y atentar contra su palabra.

La incredulidad de nuestros días, que está haciendo timorato y místico al mismo Voltaire, no dejará de oponer algún reparo á esta relación por lo que hay en ella de sobrenatural y milagroso, mofándose hasta de las afirmaciones del paganismos, si están inspiradas en la verdad, pero siempre resultará claro y evidente, como la luz meridiana, que el Templo de Jerusalén no se reedificó entonces, ni se ha reedificado después, y que, ocupado en la actualidad el solar del célebre santuario por una mezquita musulmana, ofrece todavía á los ojos del mundo el triste espectáculo de la ruina y de la desolación.

Et usque ad consumationem et finem perseverabit desolatio.

Juan G. Criado.

LA OBRA DE JESÚS

Las aclamaciones de entusiasmo popular con que el Hijo de Dios fué recibido en Jerusalem, han sucedido la ingratitud y los tormentos más crueles; la alegría se ha cambiado en tristeza, el regocijo en luto, y la Iglesia llora amargamente en estos días, contando al mundo la dolorosa historia de su amado Esposo y nuestro divino Redentor, ejemplo de humillación y de bondad que debe seguir la humanidad para salvarse.

Sabía Jesús, y así lo había predicho en casa de Simón, el leproso, que su muerte estaba próxima; que era necesario el sacrificio de su vida para redimir á la humanidad; y como el más justo de los justos, marchó tranquilo hacia la muerte el Autor de la vida, y sufrió toda clase

de oprobios, de crueldades y sinsabores, para darnos una prueba más de su amor. No bastaba para la realización del plan divino que el Hijo de Dios, por esencia y por naturaleza, tomara carne humana, ni los innumerables milagros y sobrenaturales beneficios que durante su vida hizo, prodigando su misericordia y su caridad á los pecadores y desvalidos, difundiendo entre los mas ignorantes y los más sabios una sublime doctrina de paz y de igualdad para todos, como jamás la habrán escuchado los hombres. El *fiat* pronunciado el primer día del mundo, que nos revela a Dios en toda su omnipotencia, después del pecado de nuestros primeros padres, había de tener su complemento en la cumbre del Gólgota, al pronunciar el mismo Dios, desde la Cruz de su tormento, el *consumatum est*, en que se muestra toda la intensidad infinita de su justicia y de su amor.

La agonía de Jesús es el momento más tremendo y decisivo de cuantos han presenciado la serie indefinida de los siglos; pues con ella se cumple la redención del género humano, que es la reivindicación de los legítimos derechos del hombre y de los derechos de Dios. La Cruz elevada sobre el monte de las Calaveras es un muro invulnerable, símbolo eterno del poder de Dios, que se alza triunfante entre la humanidad caída y la humanidad regenerada; entre la primera culpa y la primera justicia de Dios; entre el paganismo grosero y las excelencias del dogma cristiano, cuya doctrina salvadora había de extenderse hasta los confines de la tierra, pasando imperturbable sobre todos los obstáculos, y promoviendo con su bienhechora influencia el derrumbamiento de las antiguas y erróneas teogonías, y un cambio completo en las costumbres, en las leyes y en todas las manifestaciones de la vida humana, sumergida desde el principio de los tiempos en un caos de tinieblas espantosas, crea lo por la culpa y sujeta en el orden moral, á la corrupción y á la impiedad, y en el orden político, á la soberbia y despotismos de los poderosos que son acaso entre todos los yugos mas tiranos.

Jesús es la verdad, el camino y la fuente de la vida, y al expirar en el árbol de la Cruz, tiene presente á las generaciones pasadas para darles irrecusable testimonio del poder y justicia de su Eterno Padre y á las generaciones futuras, para que aprendan humildad y amor, y sujeten el freno de las pasiones y el hombre cese de tratar al hombre como esclavo y le trate como hermano. Como era su misión divina no le arrojó para realizar su magna empresa, ni el estado de corrupción en que se hallaba la férrea sociedad pagana, atenta sólo á la más refinada satisfacción de sus irracionales instintos, ni el odio de las turbas á quienes venía á instruir, ni la ingratitude, ni las persecuciones, ni el martirio, ni la muerte misma; y triunfó gloriosamente de todo, abatió el gentilismo, humilló la riqueza y el poder, sublimó la pobreza, santificó la familia y regeneró la sociedad con su doctrina de amor perfecto y de salvación eterna, que acudió por todas partes á despecho de los enemigos, llenando el inmenso vacío que se notaba en el corazón del hombre y encauzando por el camino de la verdad y del bien la historia de la humanidad....

Electro.

Abril de 1905.

Sección religiosa.

Cultos de la semana.

En la Iglesia de San Juan.—Oficios; á las nueve, el jueves; á las siete, el viernes, y á las ocho, el sábado.

Los divinos Oficios se celebrarán en todas las Parroquias filiales y Conventos de religiosas, á las nueve y diez de la mañana.

En el Colegio de Doncellas.—A las diez y por la noche á las ocho, Sermón de Pasión.

En la Santa Iglesia Catedral.—Habrá Sermón de Mandato á las cuatro de la tarde, y á las ocho, solemne Miserere. El viernes, á las diez, Sermón de Pasión, y á las dos, el de las Siete Palabras.

En las Parroquias é Iglesias de San Nicolás, Santa Justa, Santo Tomás y Padres Jesuitas, Sermones de Soledad, al anochecer, el día de Viernes Santo.

Procesiones.

El Jueves Santo, á las siete de la tarde, saldrá de la Iglesia de la Magdalena la Procesión con la imagen de Jesús crucificado y el Lignum Crucis, recorriendo las calles de Magdalena, Zocodover, Comercio, Solarejo, Tornerías, Martín-Gamero, Cuatro Calles, Hombre de Palo, Palacio, Catedral y desde ésta, por el Arco de Palacio, Nuncio Viejo, Jardines, San Vicente, Plata, Comercio, Zocodover, á la Parroquia.

El Viernes Santo, saldrá, á las siete, de Santa Justa, y recorrerá las calles de Plata, San Vicente, Jardines, Nuncio Viejo, Palacio, Ayuntamiento, Arco de Palacio, Hombre de Palo, Cuatro Calles, Martín-Gamero, Tornerías, Solarejo, Comercio, Zocodover, Sillería, Refugio, San Vicente, Plata, á la Parroquia.

Ermita de la Virgen de la Cabeza.—El sábado dará principio su solemne novenario á las cinco y media de la tarde. Los Sermones están á cargo del Sr. Viana.

Parroquia de Santa Leocadia.—El lunes de Resurrección dará principio el solemne novenario á la Virgen de la Salud; será Orador este día el señor Ibañez. El martes, á las cuatro de la tarde, será la solemne Procesión, por la carrera de costumbre.

TOLEDO

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ
Comercio, 55, y Lucio, 8.